

¿semiótica, semiología o análisis del discurso?

marcela acle tomasini

mexicana, investigadora egresada
de la unam

La presencia forzosa del ser humano en los procesos comunicativos trae consigo la dificultad de sistematizar o esquematizar dichos procesos.

Sabemos que Aristóteles dio uno de los primeros pasos cuando en su *Retórica* trató de explicar el fenómeno de la comunicación a través del esquema: orador-discurso-oyente. Este modelo fue trabajado posteriormente (Laswell, Nixon) y ampliado con conceptos derivados de la cibernética (emisor-mensaje-receptor), pero en su funcionamiento básico sigue siendo el mismo.

A medida que ha transcurrido el tiempo, el estudio de la comunicación se ha dinamizado gracias a la conjunción con otras teorías sociales, políticas, psicológicas, económicas. Se ha encontrado que el contexto social es determinante en ambos sentidos, es decir, el hombre y su medio se determinan mutuamente, originando todo un proceso dialéctico y complejo que rompe ya con aquel esquema lógico enunciado por Aristóteles.

El estudio de los signos que constituyen el contenido de la comunicación abre nuevas perspectivas, que se deben considerar de una forma conjunta a los procesos individuales, sociales, políticos y económicos que enmarcan a la comunicación. Es decir, en el desarrollo del estudio de la comunicación se ha visto la necesidad de insertarla dentro de una dinámica social, en la cual, para comprender los procesos comunicativos habrá que ubicarlos dentro de una estructura económica de la cual participan, modifican e intervienen como cualquier otro proceso social.

A la vez que este conocimiento se ha complicado, paradójicamente también encontramos que ciertos conceptos se han "popularizado", expropiándolos de su contexto específico, logrando con ello fragmentar la compleja dinámica que se ha generado, pues muchos de estos conceptos se emplean cotidianamente de una forma errónea. Lo anterior no quiere decir que la ciencia de la comunicación (si es que realmente existe) deba constituirse en un *ghetto* científico. Al contrario, en la medida que cada ente social comprenda la dinámica, podrá encontrar una solución adecuada a los conflictos que encuadran su vida cotidiana.

Derivado de lo anterior, quisiera presentar un pequeño recorrido histórico en el cual el lector pueda situar conceptos como semiología, semiótica o análisis del discurso, los cuales se relacionan con el estudio de los signos, que en los últimos años se han convertido en "dominio propio de las ciencias ocultas" o bien en recursos para legitimar posiciones elitistas, ya que la diversidad y complejidad de las teorías que se han suscitado al respecto, ha ocasionado el desarrollo de cierto caos teórico que confunde y permite a los "conocedores" de estas teorías detentar determinado poder en el campo del análisis de los mensajes transmitidos a través de los diversos medios de información.

El interés por el estudio de los signos surgió de una forma más sistemática en el siglo XVIII con el filósofo inglés John Locke. Él fue el primero que utilizó el término de Semiótica para designar a la ciencia que se debería ocupar de los signos. Pero como el signo más estudiado había sido el de la lengua, la Semiótica se convirtió en una variante de la Lingüística y fue empleada por Locke para estudiar el uso y el significado de la palabra en primer término y de los signos en segundo lugar.

También en el siglo XVIII Heinrich Lambert, médico, matemático, astrónomo y filósofo alemán, empezó a interesarse por el papel de los gestos y las imágenes, aunque continuó dándole preferencia a la lengua sobre otros sistemas de signos. En el siglo XIX, el polaco Joseph Marie Horne-Wronski concluyó que el objeto de la Semiótica es la perfección del lenguaje.

Saussure: figura determinante

En este recorrido una de las figuras más importantes y determinantes es la de Saussure, lingüista suizo, quien a principios del siglo XX propuso un nuevo concepto: la Semiología. Esta ciencia debe estudiar al signo "en el seno de la vida social y por consiguiente de la Psicología General". Saussure ubica a la Lingüística dentro de esta ciencia general, de tal modo que "las leyes que la Semiología descubra serán aplicables a la Lingüística y así es como la Lingüística se encontrará ligada a un dominio bien definido en el conjunto de los hechos humanos".¹

No obstante, Saussure y sus seguidores desarrollaron eficientemente la Lingüística Estructural, lo que trajo como consecuencia que la Semiología fuera ubicada dentro del marco de la Lingüística y no al contrario, como se había propuesto originalmente.

En la actualidad podemos observar que la definición propuesta por Saussure de signo como conjunción de un significante y de un significado, marca la trayectoria de una gran parte de los análisis efectuados hasta ahora.

De una forma casi paralela a Saussure, surge el filósofo norteamericano Charles Sanders Peirce, quien define a la Semiótica como un marco de referencia que debe incluir cualquier estudio. "Nunca me ha sido posible emprender un estudio —sea cual fuere su ámbito: las matemáticas, la me-

1 Saussure. *Curso de Lingüística General*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1974, p. 60.

tafísica, la gravitación, la termodinámica, la física, la óptica, la química, la anatomía comparada, la astronomía, los hombres, las mujeres, el *whist*, la psicología, la fonética, la historia de las ciencias, el vino, la metrología—sin concebirlo como un estudio semiótico”.²

Desgraciadamente, Peirce nunca dejó una obra que abarcara en conjunto sus consideraciones sobre la Semiótica, hecho que ha dificultado la integración de sus conceptos. Actualmente, nos topamos con una revalorización de lo propuesto por Peirce ya que su definición de signo y la clasificación de éste permite abarcar un mayor número de materias significativas.

En general, vemos que Peirce propone un modelo de signo con una estructura triádica, la cual en su base tiene el símbolo o “representamen”, puesto en relación con el objeto al que representa y en el vértice del triángulo se encuentra al Interpretante. En una acepción muy amplia, éste puede ser considerado como el sentido del signo que, a su vez, constituiría otra representación del signo, diferente, pero referida al mismo objeto. De esta manera se establece una relación dialéctica, ya que un signo nos remonta a otro signo y así sucesivamente. Por otra parte, la clasificación de signos proporcionada por Peirce ya no se limita al signo lingüístico, sino que puede ser aplicada a otros sistemas de signos. Así, por ejemplo, define a un índice como aquel signo que se encuentra en contigüidad con el objeto que se refiere a algo por fuerza de la ley (las palabras o una cruz) y el ícono sería aquel signo que exhibe la misma cualidad que el objeto denotado (una onomatopeya o el retrato de una persona). Las clasificaciones que hace Peirce de los signos son aún más complicadas y complejas que las mencionadas. Sin embargo, lo importante es señalar que las teorías de Peirce acerca de la Semiótica, permiten abarcar otros sistemas de signos dentro de los cuales se puede ubicar a la lengua, pero no como sistema de signos determinante.

Asimismo, a principios del siglo XX surge el filósofo alemán Ernst Cassirer quien señala que la función del lenguaje consiste en articular y conceptualizar la realidad, función que no solamente es propia del lenguaje sino que existen otros sistemas como los mitos, la religión o la ciencia que también articulan y conceptualizan la realidad. Cassirer cuestiona las leyes específicas que rigen los sistemas simbólicos y, a diferencia de Locke, afirma que no se pueden comparar con las leyes de la lógica ya

² Citado por Ducrot y Todorov en *Diccionario en ciclopédico de las ciencias del lenguaje*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1974, p. 104.

que en los símbolos los sentidos múltiples predominan sobre los conceptos generales. Evidentemente, dentro de la perspectiva de Cassirer podemos ubicar, con la debida proporción, los trabajos realizados por Levi-Strauss.

Posteriormente, el lógico y filósofo norteamericano, Charles Morris, distingue las dimensiones de semántica, sintáctica y pragmática de un signo. La dimensión semántica correspondería a la relación entre el signo con su significado (por ejemplo, el significado de la palabra casa); la sintáctica sería la relación de este signo con otros (por ejemplo, *la casa bonita*) y la pragmática implicaría la relación del signo con los usuarios (la relación de *la casa bonita* con el que emplea o escucha esta frase).

Se puede decir que en estas primeras décadas del siglo XX se sentaron las bases de lo que hoy se ha desarrollado en las diversas esferas de la Semiótica, la Semiología y, más recientemente, del Análisis del Discurso.

A pesar del interés por estudiar diversos sistemas de signos, en muchos casos aún predomina la visión sobre la importancia del lenguaje en relación a otras materias significantes, pues como señalaría Roland Barthes: "Para percibir lo que una sustancia significa, necesariamente hay que recurrir al trabajo de articulación llevado a cabo por la lengua; no hay sentido que no esté nombrado y el mundo de los significados no es más que el mundo de la lengua".³

Lectura ideológica: usos y abusos

Así pues, es indudable que la Lingüística Estructural ha determinado el desarrollo tanto de la Semiótica como de la Semiología, las cuales en los años sesenta empiezan a generar un interés por la lectura ideológica de los mensajes o de las prácticas sociales (estudios de Barthes, Greimas, Umberto Eco, Maldavsky, etc.). Sin embargo, la dependencia de estos estudios hacia conceptos propios de la Lingüística Estructural ha sido criticada recientemente señalándose que, precisamente, esta dependencia impide una lectura ideológica adecuada. En este caso se encontraría, por ejemplo, el mantenimiento de la dicotomía tradicional propuesta por Saussure entre lengua y habla, la división del lenguaje en un eje vertical y otro horizontal en los cuales se colocarían conceptos como: sintagma/paradigma, denotación/connotación, sincronía/diacronía, significante/sig-

³ Barthes, Roland, "Elementos de semiología", en *Comunicación*, Serie B, Editorial Alberto Corazón, Barcelona, p. 14.

nificado. En esta perspectiva de análisis encontramos que lo ideológico es colocado en el nivel de los significados segundos y se presupone la neutralidad del significante. Estos planteamientos incorporan la realidad social o las condiciones de producción en los significados segundos, o bien en las condiciones extrasemióticas, es decir, en una esfera separada del análisis.

Por su parte, la lingüística post-estructuralista, paradójicamente, aporta nuevos elementos para el desarrollo de este análisis ideológico. Las aportaciones de Emile Benveniste sobre el sujeto enunciador, sobre una teoría de la enunciación, señalando la presencia del sujeto enunciador en el acto mismo de la enunciación, son importantes en la crítica de la concepción mecanicista heredada de Saussure. A su vez, Oswald Ducrot al estudiar el fenómeno de la presuposición y señalar que ésta forma parte integral de la significación literal de la frase, rompe de nuevo con aquella dicotomía denotación/connotación, que aún predomina en numerosos análisis.

Por otra parte, no podemos dejar de mencionar a Chomsky, cuyas aportaciones en el marco de la Gramática Generativa, como son las nociones de estructura superficial y estructura profunda, o bien los conceptos de *competence* (el conocimiento que tiene el locutor-auditor de su lengua) y de *performance* (el empleo efectivo de la lengua dentro de situaciones concretas), contribuyen a sentar las bases para una nueva aproximación hacia el análisis no sólo lingüístico, sino de otros sistemas de signos. De tal manera que muchas de estas proposiciones han sido recuperadas por estudiosos como Eliseo Verón o Armand Mattelart (los más conocidos en el medio latinoamericano), para aplicarlas al estudio de los mensajes emitidos por los medios masivos de información.

Podríamos decir que lo que se denomina Análisis del Discurso surge de la necesidad de superar los presupuestos de la Semiótica o de la Semiología, con el objeto de pasar al análisis de unidades más complejas de significación, y por otro lado, con el objeto de incorporar una realidad social dentro del mismo análisis, dejando atrás el modelo de "capas" o de "escalera", típico de los modelos semióticos y semiológicos. La presencia del materialismo histórico en esta nueva corriente es indudable. Actualmente se considera que el proceso de significación social está inserto dentro del mismo proceso de producción social y es en este sentido donde surge la necesidad de encontrar una teoría que permita analizar ambos procesos dentro de un mismo análisis. Esta es la problemática común a las diferentes corrientes del análisis del discurso que hoy en día existen, sobre todo en Europa.

El discurso es definido como práctica social y, en consecuencia, su

relación con las condiciones de producción es sumamente estrecha. Estudiar una práctica social sin estudiar el contexto que la determina es impensable. Esta perspectiva convierte al discurso en una entidad compleja de significación, donde se cruzan diversos niveles y, en cuanto práctica, forma parte también de otras prácticas. Sin embargo, el discurso como actividad social se inserta dentro de lo ideológico y es aquí donde se presentan problemas de definición.

El concepto de ideología ha pasado por numerosas discusiones que aún continúan. En materia de análisis ideológico, esta discusión se ha polarizado. Por un lado encontramos autores como Barthes, Eco, Mattelart, Silva, etc., quienes consideran a la ideología como un ocultamiento de la realidad. Es decir, en una sociedad capitalista, la ideología tiene como función básica la de esconder, ocultar, mitificar, una situación de explotación. La ideología, siguiendo a Althusser, representaría la relación imaginaria de los individuos a sus condiciones reales de existencia. Bajo esta perspectiva serán utilizados métodos eminentemente semiológicos o semióticos pues, como ya lo hemos mencionado, éstos tienden a encontrar los significados ocultos en las prácticas sociales, en donde radica la ideología.

Por otra parte, se considera que si la ideología funcionara de esta manera tan transparente, tan lineal y tan funcional, sería inútil llevar a cabo una investigación sobre la ideología y aquí llegamos a la otra polarización de la discusión. Para autores como Baudrillard o Verón (este último basado en Chomsky), la ideología es la forma misma que atraviesa tanto la producción de signos como la producción material. Bajo este ángulo, la ideología no se referiría a un objeto concreto que se pudiera encontrar en cualquier lugar, sino que formaría parte del mismo proceso de producción. Tratando de ser más claros, estos autores se plantean que lo ideológico no se ubica en el fondo, sino en la forma misma como se producen los signos. De aquí se deriva la búsqueda de una gramática de producción con la cual se puedan generar infinidad de mensajes.

Una tercera perspectiva, que aún no está completamente definida, sería el llevar a cabo el análisis de una forma global, es decir, considerando esos contenidos que pueden ser vitales, pero también tomando en cuenta las formas que, a su vez, pueden ser importantes.

De lo anterior se deduce que el concepto de ideología es fundamental para definir el método de aproximación al análisis, obviamente, si lo que se pretende es llevar a cabo un análisis de la ideología o de lo ideológico que se transmite, en nuestro caso, a través de los medios de comunicación. Sin embargo, el concepto aún se discute junto con otras nociones como

práctica social, práctica ideológica, procesos de producción de sentido, etc. Lo importante para el interesado en desarrollar este tipo de análisis es, entonces, definir el concepto de ideología y *aplicar* un método que sea coherente con dicha definición. Esta coherencia entre aspecto teórico y metodología puede parecer una afirmación sumamente obvia; sin embargo, basta con revisar algunos de los trabajos relacionados con el análisis de mensajes en medios masivos, para observar que esta coherencia no es siempre del todo clara y evidente.

La dificultad por definir conceptos clave como podría ser el de ideología, trae como consecuencia que, en la actualidad, nos encontremos con numerosas corrientes dentro del análisis del discurso, y la diversidad de ellas dificulta poder determinar un método concreto y específico.

Ante esta situación es importante señalar que toda esa discusión se genera, por lo general, en países desarrollados en los cuales existen situaciones históricas, políticas y económicas específicas que permiten el auge de estudios y discusiones teóricas interminables y que, tal vez, podrían ser ubicados dentro de la superestructura ideológica propia de estos países. Es por ello que el investigador latinoamericano tiene que desligarse un poco de tales discusiones, marcando una cierta distancia e instalarse dentro de una praxis social, en un proceso de desmitificación no sólo de la función que pueden cumplir los medios masivos, sino también de una desmitificación de teorías provenientes del extranjero, que tienen unas condiciones de producción específicas y que no pueden ser extrapoladas indiscriminadamente a otras realidades.

Finalmente, uno de los grandes problemas que se presentan tanto en el análisis del discurso como en la semiología y la semiótica, es el cómo comprobar los resultados. Por lo general, el analista hace inferencia sobre el contenido del mensaje: sus connotaciones, sus paradigmas, etc., o bien sobre su forma, tratando de encontrar esa mecánica subyacente a la producción de mensajes. Pero, ¿bajo qué criterio se puede inferir que tales afirmaciones son ciertas y que la gente que ve o escucha esos mensajes contempla realmente esos significados segundos o esa gramática de fondo descubiertos por el analista? Este es un problema que hasta la fecha no ha sido resuelto satisfactoriamente y, en cierta medida se convierte en una seria limitación de este tipo de estudios. Limitación que será necesario afrontar y superar si lo que se pretende es transformar o modificar las actuales relaciones existentes mediante prácticas concretas y específicas.